

cadenas que la ataban al carro del despotismo, pero que embriagados con los errores que habian bebido en los libros y folletos impíos, se vieron despojados no solo de los sentimientos pacíficos que inspira la religion, sino tambien por una consecuencia necesaria de los que inspira la humanidad aún á los mas salvajes? ¡ah! un rio caudaloso cuando sale de madre, una desecha tempestad no produce los estragos que causó la circulacion de los libros en aquellos pueblos infelices.

“Si quereis, decia el impío Mirabeau, si quereis una revolucion es preciso descatolizar la Francia” es decir que la ruina de la religion está intimamente unida con la de la patria: en efecto, despues que la Francia por muchos siglos habia profesado la religion católica, que estaba nutrida en sus principios alimentada con sus favores y regalada con sus inefables dulzuras, no se podria arrebatarla á aquellos infelices sin ecsitar una revolucion y tan desastrosa que espanta aún á sus mismos autores: ¿y cuales fueron los medios de que se valieron para esto los filósofos impíos que ocupaban los primeros lugares en la nacion? la circulacion de los libros, en la que veian vinculada la ruina de la religion.

Mas de treinta años se estuvo preparando aquella revolucion cuya época triste y funesta solo puede y ni aún compararse con los tiempos de los Nerones, Domicianos &c. Mas de treinta años repetimos, se estuvo preparando es-

ta revolucion haciendo correr los escritos de los Voltaires, Rousseaus, Helvesios, Diderots, D'Alemberts, Raynals, Condorcet, y otros enérgimos cuya impunidad ecsaltó su rabia y su furor; el debil y desgraciado Luis XVI que habia sostenido las leyes de prohibicion de los libros impíos, é impedido á sus autores residir en la Francia como una precaucion necesaria del gobierno encargado del buen orden y de la paz; levantó estas prohibiciones: asi es que se vió con escandalo volver á la Francia al gefe de estos perniciosos escritores acogido con entusiasmo por muchos que creian acreditarse de sabios abrazando sus estravagancias y errores.

Levantadas ya las proscripciones y entendidos por todas partes los libros impíos, los ancianos y los jóvenes, los sabios y los ignorantes de toda edad y condicion los leian con empeño, y sus absurdas máximas daban materia á las conversaciones: en París y en otras ciudades del reino no tanto se dedicaban muchos estudiantes á la medicina, al derecho, á la sagrada teologia, como á la lectura de tales escritos; aun las mismas academias no se vieron libres del contagio; este se propagaba á las provincias y las mismas mugercillas marchaban á la incredulidad apoyadas en mil blasfemias y cabilaciones: en los colegios de pública enseñanza los maestros imbuian á sus discípulos en estos errores, y en los actos públicos de la Sorbona se defendió alguna proposicion emanada de la nueva filosofia.

Aquellos genios orgullosos que se apropiaron sin mérito el timbre de filósofos; hacían circular por todos medios, y procuraban vender á precios cómodos las mas infames producciones con las que alteraron aún la paz y tranquilidad de las aldeas mas remotas. Para no atacar de un golpe la creencia general, comenzaron á impugnar la indestructible verdad de las santas escrituras por medio de sistemas físicos; y con estos pasos fueron caminando hasta combatir de frente la religion que ya habian atacado con la depravacion de sus costumbres: así es que resucitaron las máximas de Epicuro, los desvarios de Celso, Porfirio y del apóstata Juliano: el ateismo de Espinosa se presentó á cara descubierta y sus obras pestilenciales no eran desconocidas; no menos que las de Pedro Bayle que terminó la carrera desgraciada de su vida en los primeros años del siglo 17: este combatía no solo las verdades eternas de nuestra creencia introduciéndose con arte, y ganando prosélitos; sino tambien los hechos históricos mas notorios y mejor apoyados en las reglas de la crítica: los errores de Hobes y de Hume esparcidos en la Inglaterra y adoptados aún por las personas de juicio y sensates cual se puede tener en el absurdo protestantismo; tales como el famoso Milord Bolingbroke que se habia dado á conocer en la Estopa: estos errores repetimos, fueron acogidos en la Francia: siendo en ella corifeos de la impiedad Juan Jacobo Rousseau, y Voltaire cuyos escritos

circulaban buscando y hallando innumerables prosélitos: ; y los impíos quedarían satisfechos con la circulacion de las obras de estos escritores? ¡ah! aún les parecieron pocos sus errores: y sosteniendo el deísmo les tendrían por preocupados á los ojos de los ateístas. Entre las primeras obras que se publicaron con el objeto de establecer el ateísmo, fue la titulada: *el cristianismo descubierto*; llena de invectivas sangrientas contra la religion cristiana, y en suma contra todas las religiones: apareció despues *el contagio sagrado* que se publicó bajo el nombre de Trenchard, y el *ensayo sobre las preocupaciones* atribuido á Marseis: sucesivamente el *militar filósofo las dudas, la impostura sacerdotal, la tunantería descubierta*; que no contenían sino una copia, una repetición de violentas declamaciones, de calumnias y de improperios, destilando sus páginas el brutal ateísmo: á todas estas producciones escedió *el sistema de la naturaleza* publicado sin nombre de autor, la que reuniendo todos los principios establecidos por los ateístas, valiéndose de las mismas imposturas, y añadiendo una elocuencia seductiva; y de cuando en cuando un tono tierno y compasivo se puede tener con razon como el libro maestro del ateísmo en que se refunden todo su sistema y consecuencias.

Con tales escritos y otros semejantes se iba encendiendo el odio mas cruel contra el clero y contra los establecimientos religiosos: se iba preparando su ruina y la del culto, que eran las miras de los libertinos que inundaban aquel

rey no tan floreciente y tan adherido á la religion de sus padres: los verdaderos católicos se estremecian y lloraban los males que experimentaba la religion y preveian con dolor el desenlase funesto y las tristes consecuencias de aquellos escritos. El Sr. Seguien de quien poco antes hablamos lo manifesto bien claro, y su discurso luminoso que hemos ya comenzado, dá mucha idea sobre la materia que tratamos. Permítasenos continuarlo.

“Estos novadores, dice hablando sobre los escritores impíos, estos novadores han procurado dar especialmente á la religion los golpes mas funestos; se han fatigado extraordinariamente en desarraigar la fe, en corromper la inocencia, y en sofocar en los corazones de los hombres todo sentimiento de virtud. Los que estaban en estado de iluminar mas á sus coetaneos se han hecho cabezas de los incrédulos, han desplegado el estandarte de la rebelion y han creído aumentar mayor gloria á su fama con el espíritu de independencía. Una multitud de escritores oscuros no pudiendo distinguir de otra manera sus talentos, han manifestado la misma audacia, debiendo únicamente su estimación á la licencia de sus escritos, y al funesto pirronismo que ostentan en ellos. Unas veces han hecho de la irreligion el fundamento mismo de su obra, otras veces la han mezclado con obscenidades y voluptuosidad, á fin de infundirla en la juventud con el aliciente de las pinturas lascivas y de convertir á favor de la impiedad

el desorden de sus costumbres y sentimientos.”

“Los corazones puros, las almas honestas han sido seducidas por medio de las máximas insidiosas que parecian dictadas por la beneficencia misma; y la rectitud de un modo de pensar les han causado ilusión sobre unos principios tanto mas peligrosos cuanto en la apariencia se encaminaban á la felicidad del hombre. Con el espíritu lleno de gravedad han tomado estos autores un tono con visos de metódico reflexivo. Se han presentado al mismo tiempo escritos llenos de ligereza y verboria á entendimientos frívolos y superficiales; se han esparcido dudas aqui y alli, que el hombre sencillo no estaba en estado de resolver; y lo ridículo acabó de convencer á los que no habian podido persuadir los falsos raciocinios. Esta secta peligrosa ha tentado todos los caminos, y para estender la corrupcion ha envenenado por decirlo así las fuentes públicas. Eloquencia, poesia, romances, hasta los diccionarios; todo se ha inficionado, y nuestros mismos teatros han corroborado mas de una vez estas ideas perniciosas, cuyo veneno adquiria un nuevo grado de actividad en el espíritu nacional, mediante la afluencia de los espectadores, y la energia de la acción. Finalmente la religion cuenta en el dia casi tantos enemigos declarados cuantos son los pretendidos filósofos que la literatura se gloria de haber formado; y el gobierno debe temblar de tolerar en su seno una secta horrible de incrédulos que parece no tiene otras miras que

que sublevar á los pueblos con el pretexto de ilustrarlos”

“Bien sabemos á que odio nos esponemos osando revelar á los magistrados una cabala tan emprendedora como numerosa. Pero sea cual fuere el peligro que podemos correr declarándonos contra esos apóstoles de la tolerancia (los que por otra parte son los hombres mas intolerantes cuando no se quiere acceder á sus opiniones); desempeñaremos no obstante el ministerio que se nos ha confiado con aquella intrepidez que infunde la defensa de la verdad y el amor al bien público. No, no es permitido guardar mas silencio sobre esta inundacion de escritos de irreligion y desprecio de las leyes, esparcidos de unos años á esta parte. Nosotros nos ocupabamos en recoger todas estas producciones funestas, cuando se nos ha informado que éste mismo desorden habia escitado la justa indignacion de la junta general del clero de Francia; y el rey por si mismo nos ha hecho ver que los obispos de su reyno habian llevado quejas tan fuertes como respetuosas sobre la desenfrenada audacia de los escritores irreligiosos”

“Vosotros señores, aplaudiréis sin duda un paso que la religion ultrajada esperaba del cielo de sus primeros ministros, de quienes aguardaba todo el buen suceso; y no estrañareis que uniendo nuestros esfuerzos con los de este illustre congreso, llevemos en este dia las mismas quejas y los mismos votos al templo de la justicia. Los ministros depositarios de la autoridad de

la Iglesia, y los magistrados instrumentos del poder soberano, se deben unos á otros recíprocamente el ejemplo del zelo y de la vigilancia por la conservacion de la religion. El cielo y las leyes han confiado á los obispos y á los magistrados el honorífico cargo de defenderla, y de hacer que sus enemigos la respeten tanto, como sus verdaderos hijos la aprecian: obligacion sumamente grande en los magistrados, por razon de que la impiedad no combate ménos al estado que á la Iglesia, y sus atentados destruyen igualmente el orden civil y el espiritual.” Sigue pintando los efectos que habian producido los libros impíos.

“Esto es lo que se puede increpar á los autores de las obras que hemos denunciado á la justicia; pero no son ya solos los libros infamados los que continuan corrompiendo las costumbres, á pesar de los anatemas de la religion y de la infamia impuesta por los tribunales. La impiedad fecundiza los espíritus, hace brotar todos los dias nuevas semillas no menos perniciosas que las primeras, y esparcidas siempre con igual impunidad. Ya no cuida de tomar alguna precaucion, ya no procura esconderse debajo de algun velo, sus absurdos se dejan oír orgullosamente, los depósitos de irreligion andan en manos de todos, se venden al mas alto precio para ejercitar la curiosidad, y hacerles parecer muy importantes; las damas mismas se inician en tales conocimientos de impiedad ó de escepticismo, y descuidando las obligaciones que les son

propias y ellas solas pueden desempeñar, pasan una vida ociosa, meditando esas obras escandalosas, las cuales apenas se publican en la capital cuando á manera de torrente se esparcen por las provincias y asolan por donde pasan todo lo que encuentran. Pocos son los asilos que están libres del contagio, el que ha penetrado en las mas infimas casas y en las mas viles cabañas. Muy presto quedaremos sin fé, sin religion, sin costumbres; la primitiva inocencia se ha alterado, el hábito de la impiedad ha enardecido á las almas y consumido la virtud. El pueblo estaba pobre pero consolado; ahora está oprimido con sus fatigas y sus dudas; antes gozaba con anticipacion mediante la esperanza de mejor vida; ahora gime bajo el peso de su penoso estado sin ver otro término á su miseria que la muerte y la aniquilacion."

Ental estado se hallaba la Francia, y así se preparaba el estallido de la revolucion; nuevos escritos se presentaban de dia en dia para fomentar y arraigar las primeras impresiones y para aumentar el número de prosélitos; y aquellas producciones eran como las negras nubes y roncros truenos que anuncian la tempestad: reventó por fin la mina preparada con anticipacion, y las determinaciones de las asambleas realisan los proyectos de los escritores, en cuyas fuentes habian bebido el veneno los árbitros del destino de la Francia: de aqui nacieron los crueles ataques que el dogma sagrado y la respetable disciplina sufrieron en las asambleas apesar

del vigor y energia de los obispos diputados, de aqui la ruina de los piadosos y mas necesarios establecimientos, de aqui la supresion de los diezmos de aquellas rentas sagradas que en la ley antigua habian hecho por orden de Dios la dotacion de los sacerdotes y levitas, y que reconocida en la Francia en mas de mil años por los principes por el pueblo y por los antiguos estados generales, tenian todos los caracteres necesarios para una propiedad incontestable: de aqui la usurpacion de las posesiones de la Iglesia adquiridas por donaciones de los principes, ó por fundaciones solemnes y garantidas por las leyes, ó eran terrenos desmontados y regados con el sudor de los religiosos, títulos los mas respetables á la vista de todas las naciones; de aqui la constitucion civil del clero que hizo deramar tantas lágrimas y tanta sangre inocente: de aqui el furor con que en 13 de abril de 1790 fué desechada la proposicion de reconocer por nacional la religion C. A. R.: de aqui la apertura de los claustros, la destruccion de sus autoridades, la anulacion de los votos y la ruina de tantos órdenes famosos que fundados por los Bernards, Benitos, Norbertos, Brunos &c. habian edificado á la Iglesia y formado tantos hombres ilustres y distinguidos por su piedad, sus servicios, sus luces, y por su adhesion á la religion y al estado; de aqui la evacuacion de los monasterios y la persecucion de aquellas palomas inocentes que habian elegido el retiro para librarse de la corrupcion del mundo, y de las que

muchas ya no contaban ni padres ni hermanos ni parientes que las recibiesen en su fuga: de aquí provino la profanacion de los templos, el desprecio y ruina total del culto. ¡Ah! si, todos estos y otros muchos y aún increíbles atentados, estos errores cometidos por unos que se querian llamar católicos; no tubieron otro principio que la circulacion de los libros impíos, cuyas máximas adoptaron, cuyos principios regularon la conducta de los franceces que despojándose de todo sentimiento de humanidad, no eran ya hombres sino sangrientas fieras que perseguian, destruian, asolaban, que cubrian la tierra de cadáveres, la empapaban en la sangre de sus hermanos: no dejando otro arbitrio al hombre virtuoso que ó abandonar aquel suelo cubierto de iniquidades, ó espirar al filo de la espada. Los Nerones y Domicianos, los bárbaros habrian visto con horror el triste espectáculo que nos ofreció la Francia en los últimos años del siglo anterior; la religion y la patria, la Iglesia y la sociedad fueron trastornadas y heridas de muerte á merced de los sistemas que estampados con descaro por los incrédulos en sus escritos, fueron adoptados por orgullo ó por debilidad de la razon humana por los ciudadanos de una nacion respetable.

Tales fueron los efectos producidos en la Francia por la circulacion de las obras impías; efectos que nosotros debemos temer con fundamento si no se toman medidas oportunas para impedir que entren y circulen las obras mismas

que trastornaron á aquella nacion, y otras semejantes que á la par de aquellas se venden con descaro, y se lén aún en los pueblos mas remotos de la república: asi es que la corrupcion de costumbres crece de dia en dia, autorizada con las doctrinas y máximas que aunque directamente opuestas al derecho natural, han estendido los impíos. La eternidad de las penas reservadas al crimen se desprecia como infundados temores, y se niega ó se duda de la existencia del infierno, cuya idea persigue al criminal hasta en sus últimos atrincheramientos; se dice que la felicidad del hombre está en la vida, se pretende desconocer la espiritualidad é inmortalidad de nuestras almas, se niega la presencia real y verdadera de Jesucristo en la eucaristia, la necesidad de la confesion; estos y otros muchos monstruosos errores que desconocieron nuestros padres, se van estendiendo de dia en dia y van corrompiendo á toda clase de personas que por desgracia lén las producciones infernales que abundan en estos paises ó tratan con aquellos que los han leido y han bebido con placer el veneno que contienen: el deismo y el ateismo encuentran prosélitos entre aquellos que ó han roto el freno que sugetaba sus pasiones, ó desean romperlo: ya en las parroquias se comienza á experimentar que algunos no conducen á sus hijos para purificarlos con las aguas saludables del bautismo, que otros no se acercan á la misa, á la predicacion de la palabra de Dios,

à la participacion de los sagrados misterios.

La autoridad de la iglesia se desconoce, se suspira por el cisma, y algunos escritores fomentan y estienden estas ideas; todo esto nos anuncia una espantosa tempestad que aún es tiempo de precaver; los errores hacen ahora un arroyo pequeño que aumentando de dia en dia sus corrientes causará una inundacion: muchos de aquellos que se tenían por literatos, y aún algunos revestidos con el caracter sacerdotal, no han sabido distinguir el veneno, se han embriagado con el; y publican el cisma haciendo todos sus esfuerzos para realizarlo. Si los libros impíos continúan circulando, si no se ponen diques á este torrente, todo lo arruinará, la religion desaparecerá, la patria sufrirá trastornos de mucha cuantía, faltará la subordinacion á las leyes y autoridades, el grito de sedicion resonará de uno al otro ángulo de la república; y no se verá sino las proscipciones los destierros y las muertes: nuestro suelo se cubrirá de sangre, los cadáveres llenarán las calles y plazas: en una palabra, la república mejicana representará las mismas escenas que la Francia en el último siglo.

Antes de entrar á demostrar la autoridad de la iglesia para prohibir la lectura de los libros obscenos, heréticos é impíos; examinaremos los argumentos en que se apoyan los que defienden su lectura, ó los que pretenden leerlos.

Yo estoy muy fijo en mi religion dice alguno (y á varios hemos oido muchas veces es-

plificarse en estos terminos), la amo, conosco la evidencia de sus pruebas, ó firmemente los misterios, y así nada tengo que temer en la lectura de esos escritos que la atacan: con un argumento tan miserable pretenden algunos justificar su escandalosa transgresion á las leyes de la Iglesia sin reflexionar en las censuras en que se incurre, aún cuando no hay peligro alguno de subersion, del que ninguno ciertamente puede estar seguro: ni la adhesion firme á las verdades reveladas ni la ciencia mas profunda quita al corazon humano su miseria, su inclinacion al mal, su deseo de sacudir el yugo de lo que le molesta y sufoca los ímpetus del orgullo: así es que cuanta mayor seguridad cree alguno tener de no seducirse tanto mas segura es su ruina; tanto mas cierto es que cederá al alhago de las pasiones, y su corazon se encenderá con mayor prontitud, se prostituirá, soltará el freno á sus apetitos, se poseerá del orgullo y abandonará su creencia: quedando sugeto á los mas groseros errores las dudas despedazarán su corazon, y sin hallar en que fijarse ni volverá los ojos á la verdad abandonada, ni tampoco encontrará cosa alguna que calme sus inquietudes, que disipe sus temores, y le haga volver á la dulce paz y tranquilidad que gozaba en los brazos de la religion abandonada: obscurecido su entendimiento, despedazado su corazon pasará la vida llena de amargura, no encontrará consuelo en sus penas, y terminará su carrera

para ir á tocar las mismas verdades que negaba. ¡Que suerte tan infeliz! ¿y estas son ficciones nuestras, ó son cosas que la esperiencia nos dicta? ¡ah! si abrimos las páginas de la historia encontraremos selladas estas verdades con caracteres indelebiles: mas antes de referir algunos hechos podremos preguntar á los mismos libertinos que por desgracia no faltan en la república ¿cual ha sido la causa del aborrecimiento que tienen á la religion santa de Jesucristo? ¿cuando comenzaron á dudar sobre sus fundamentos? ¿cuando á burlarse sacrilegamente de sus misterios? ¿cuando abandonaron las leyes divinas y eclesiásticas? ¿cuando se entregaron sin freno á sus pasiones? ¿cuando tubieron principio esas incertidumbres, esos temores que en vano pretenden disipar, que les llenan de tristeza y de enfado, que casi los entregan á la desesperacion? ¡ah! si esos seres desgraciados, si esos hombres miserables que corrompen la sociedad, que afrentan á la humanidad, que atacan la religion, quieren hablar con franqueza, dirán desde luego que todas sus desgracias principiaron cuando comenzó la lectura de los libros impíos: ¡y cuantos de ellos maldecirán el instante fatal en que cayeron en sus manos aquellos escritos funestos que han turbado y destruido las fuentes de su felicidad! ¡O si pudiésemos penetrar los secretos de su corazón: y ver todo lo que pasa en él! Como desearán muchos volver á su antigua crénca sin poder, para encontrar en ella los consuelos y las dulzuras inefables que no les proporciona la fal-

sa filosofia. Veamos algunos ejemplos de esta verdad, y estos servirán para demostrar los daños incalculables que sufren los particulares con la lectura de las obras impías, daños que refluyen en contra de la misma sociedad.

Desde el principio de la Iglesia en que espíritus atrevidos quisieron aplicar y confundir los dogmas de la religion con los sistemas filosóficos, se vieron publicar escritos que segun iba progresando el espíritu de la novedad junta con el orgullo del hombre, contenian máximas mas absurdas y errores mas monstruosos: estos escritos fueron corrompiendo á los hereges que seguian, los de estos á los siguientes y asi sucesivamente, hasta haberse reconcentrado todos los errores y adoptándose por principios seguros por la nueva filosofia; ¡ah! si los primeros escritos se hubieran sepultado en el olvido, si no hubieran caido en manos de tantos desgraciados ¡cuantas lágrimas se habrian ahorrado á la religion, cuanta sangre á la humanidad! pero desgraciadamente no fué asi. Nos horrorizamos al considerar tantos hombres llenos de ciencia y aún de piedad que en todos los siglos han sido corrompidos. No es necesario ocurrir á los tiempos mas remotos y citar las caidas funestas y escandalosas de los Arrios, Macedonios, Nestorios, Eutiques, Pelagios, Apolinares, &c. cuyos talentos ó instruccion, cuya piedad y zelo no sirvieron para libertarlos de los monstruosos desvarios á que se precipitaron; sino antes bien para sumirlos mas y mas en ellos, y producir

mayores estragos en la herencia de Jesucristo. ¡Efectos tristes, pero consiguientes al orgullo que hace al hombre débil y miserable creerse superior al error y á la seducción! ¡Crecian aquellos infelices cuando daban los primeros pasos en el cristianismo, que al fin la demasiada estimación que hacían de sí mismos les había de precipitar á declarar la guerra á la religión que profesaban, y que habían de atacar con el mayor descaro los dogmas que adoraban? ¡creería Juan de Hus que los libros de Wiclef habían de ser la causa de su ruina y para Calvino los de Lutero? le fueron en efecto, no menos que para todos los hereges, entre los que se encuentran hombres cuyos talentos esclarecidos y basta erudición habrían producido bienes incalculables á la Iglesia y á la sociedad si no se hubieran prostituido; si para todos los hereges, repetimos, han sido causa de su ruina la lectura de los escritos que publicaron sus antecesores: así es que omitiendo muchos é innumerables ejemplos de esta verdad, principalmente de los hereges del siglo diez y seis, cuyos escritos arrastraron tras sí tantos sugetos de probidad y de ciencia de todas las clases de la sociedad: no obstante que sus errores no se apoyaban en algun argumento sólido, y si solo en sofismas miserables, unidos á los textos aislados de la santa escritura mal entendidos y peor aplicados. No pretendemos detengernos en este punto; por conclusion copiaremos un suceso que debe hacernos mas cautos en la liber-

rad de la lectura, con algunos otros que hemos visto con dolor.

“El 11 de diciembre de 1734 sucedió en Wetherfield el suceso mas extraño que jamas se ha visto. Williar Bealde ingles de nacion que vivió mas de 20 años en América, caso con Ferfide muger amable y de un nacimiento distinguido: tubo cuatro hijos y en sus principios fué un escelente padre y buca marido. Los negocios del comercio lo indujeron á la lectura de los libros contra religion: estos le hicieron mirar á los hombres como simples máquinas y el se creyó con derecho de disponer de su vida y de la su familia. Al salir el sol del dia citado envió á su criado á que llevase una carta á uno de sus amigos, á quien le anunciaba su horrible resolución; en ella le decia que antes que la leyese el con su muger é hijos estarian en un estado mas dichoso: él le suplicaba que viniese á su casa acompañado de otras dos personas, trayendo la tranquilidad de espíritu que solia tener. Luego que el amigo la recibió se puso en camino con la mayor presteza, pero llegó muy tarde; el desgraciado se valió de un puñal, de una hacha y de una pistola; se sirvió de los dos primeros para aniquilar su familia, y de la última para quitarse el mismo la vida. Habia algunas semanas que conservaba estos horribles instrumentos en su sala bajo el pretesto de que los necesitaba para defenderse de los ladrones. Con el mayor secreto puso fin á la vida de una familia amable en medio de su carrera, á y la de cuatro hijos de